



La Lectura Popular

AÑO XXII.

Orihuela 15 de Enero de 1903.

Núm. 466

CON EL PAN NO SE JUEGA

Cuentan los periódicos liberales que la segunda vez que Sagasta intentó salir diputado, el Gobierno, que le conocía perfectamente, hizo le ruda oposicion poniendo en juego todas las malas artes que han hecho del parlamentarismo lo que hoy es: una farsa.

Lo primero que se propuso fué apartar del distrito al candidato por Zamora, é inmediatamente le mandó como ingeniero salir de aquella capital y trasladarse á Madrid; pero el novel revolucionario que estaba más dispuesto á mandar que á obedecer para salir del compromiso y no abandonar el campo, ideó la estratagemata de fingirse enfermo.

Apretó el Gobierno enviando médicos que declararan su salud.

Pero el falso doliente apretó tambien oponiendo dictamen á dictamen.

No cejó el Gobierno y echando el resto de su amor á la libertad, ordenó al gobernador de Zamora que á todo trance arrancase á Sagasta de la cama.

Entonces este, echando tambien el resto de su frescura, pidió el Viático é hizo á Jesucristo Rey de cielos y tierra salir del sagrario para servirle de agente electoral y ayudarle á sostener la farsa.

Y todo esto lo cuenta *El Imparcial* con la mayor naturalidad del mundo; como un chiste progresista que no merece censura ni produce escándalo: casi como una flor para adornar la corona fúnebre del Sr. Sagasta.

No se me olvida esta coplilla que cantaba cuando niño

*Cordero celestial
PAN nacido en Belen
Si no te como bien
Me sucede á mal*

EPILOGO

Han pasado cuarenta y siete años: el Sr. Sagasta despues de haber ocupado los más altos puestos de la nación y llegado á la cumbre de sus aspiraciones políticas, si es que las aspiraciones políticas tienen cumbre, se encuentra en cama gravísimamente enfermo.

Esta enfermedad ya no es fingida.

El doliente que por momentos va perdiendo fuerzas se encuentra rodeado, no solo de su familia, sus amigos y sus médicos, sino del Cardenal Primado de Toledo, del Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, del párroco de S. Geronimo y de otros sacerdotes.

Sin embargo nadie le administra los auxilios espirituales.

¿Porque no se los dan?

No se sabe.

Ello es que el Sr. Sagasta muere sin recibir los Santos Sacramentos.

Y vuelvo á recordar lo que canté cuando niño

*Cordero celestial
PAN nacido en Belen
Si no te como bien
Me sucederá mal*

Y exclamo en mis adentros: ¡que bien decía la coplilla! con el *Pan* no se juega.

Dios haya tenido misericordia del Sr. Sagasta, como así lo pedimos de todo corazón; pero no olvidemos que la mayor de todas las desgracias es ser liberal y morir entre liberales.

ADOLFO CLAVARANA.

DOÑA RESTITUTA

Doña Restituta
Era una señora,
Que se sofocaba
Cada media hora.

Esto le pasa hoy á la civilización moderna, convertida en una doña Restituta que no gana para calaguala.

¿Ven ustedes que jaleo se arma cada vez que se anuncia una huelga de obreros? Ca-

ñones por aquí; guardias civiles por allá; tropas acuarteladas; gente haciendo provisiones... No parece sino que vá á acabarse el mundo. Y todo porque á los pobretes del universo que no son más que unos cuantos... (millones) se les antoja ponerse de acuerdo para declararse en huelga en día fijo y pedir cuatro insignificancias tales como la reducción de las horas de trabajo, aumento del jornal, descanso semanal de un día etc.

Verdad es que también hay postulantes que piden el reparto de bienes, saqueo de almacenes y ahorque general de ricos; pero esto por bromita.

Sin embargo, doña Restituta que no gusta de bromas, toda asustada y sofocada empieza á tomar tila y á pedir *¡favor al rey!* con tales angustias y congojas, que da lástima.

—Pero ¡señora! ¿por qué esa alarma? ¿No es usted la que enseñó á sus hijos á pensar en libertad, reunirse en libertad, manifestar en libertad sus ideas y jorobarnos en libertad por activa, por pasiva y por participio? Pues ¿por qué a usted se ahora de su propia obra?

Además que, usted, señora, fué la primera que les dió el ejemplo. Usted, señora mía, quemó los conventos *in illo tempore*, con lo cual enseñó á sus hijos á quemar los palacios, usted degolló á los frailes, con lo cual enseñó á sus hijos á degollar á los capitalistas; usted desamortizó los bienes de la Iglesia, con lo que enseñó á sus hijos á desamortizar los de los particulares. No hay pues más diferencia, sino que ahora le escuece á usted lo que antes le escocia á otros; es decir, que ha variado la piel, pero el vejigatorio sigue siendo el mismo.

Y vamos á ver; pregunto yo á usted ahora; ¿qué diferencia hay entre la garganta de usted y la de un fraile dominico?

Ninguna que sepamos.

¿Y entre el dinero de la Iglesia y el que usted guarda en sus bancos y sociedades?

Tampoco la hay.

Y si hay alguna, está en favor de aquel dinero que se empleaba, la mayor parte, en fundar hospitales, educar huérfanos y socorrer necesitados; mientras el de usted se emplea en hacer negocios para aumentar el capital, y en aumentar el capital para hacer negocios.

Al llegar aquí doña Restituta se pone furiosa, crispera los puños y se dirige á nosotros con ojos de pantera desenjaulada exclamando: «¿Con que usted, señor articulista, se pone también de parte de la anarquía y del nihilismo? ¿con que también se pone usted de parte de los descamisados y criminales?»

—Libreme Dios, señora, de ponerme de parte de ningún criminal, lleve ó no lleve camisa. Por eso empiezo recordando á usted que la lleva limpia, todo lo malo que ha hecho en su vida, para advertir despues á los que la llevan sucia, ó no la llevan, todo lo

malo que encierra cuanto piensan hacer.

Y yo, ¿qué mal he hecho?

—Más del que usted piensa. Usted, doña Restituta, es decir doña Civilización liberal, naturalista, impía y anticristiana, tiene la culpa de todo lo que pasa.

Usted fué la que enseñó al pueblo á olvidar la fé de sus padres y á burlarse de aquella doctrina emanada de la boca de Dios que enseñaba al pobre á tener resignación y al rico á tener caridad; usted fué la que queriendo desmentir las verdades evangélicas, gritó: *Bienaventurados los ricos*, cuando el Verbo divino había dicho: *Bienaventurados los pobres*, de modo así establecida la única verdad capaz de arrancar del corazón el germen de la codicia, y convertir á los hombres en hermanos; usted fué la que con su ejemplo y su doctrina hizo creer al pueblo que no había más paraíso que el de la tierra, y que el oro era la única llave que lo conquistaba, con lo cual encendió usted en el pecho de los pobres y de los ricos una infernal hoguera de ambiciones y de envidias, que no ha podido apagar aún la sangre derramada por miles de Caines; usted fué la que con su lujo fastuoso, sus espectáculos disolventes, sus libros impíos, sus periódicos escandalosos y sus artes obscenas, acabó de corromper el corazón del pobre pueblo después de haberle corrompido la cabeza; y usted, finalmente, no contenta con haber perpetrado todas estas iniquidades proclamando para ello la *libertad* del pensamiento y la *libertad* de la palabra, y la *libertad* del escrito, y la *libertad* de enseñanza, y hasta la *libertad* de la blasfemia, como si la libertad de obrar mal mereciera llamarse *libertad*, ha llevado usted su descaño y su cinismo hasta el extremo de negar únicamente a la Iglesia católica la *libertad* verdadera y sacralísima de combatir todas esas falsas libertades, y ha metido en presidio á los sacerdotes que en cumplimiento de su deber han predicado contra ellas.

Usted ha hecho todo eso, señora: pero Dios es justo, y castiga á cada cual por donde peca.

Mientras las falsas libertades predicadas por usted al pueblo atacaron su cabeza y su corazón, el pueblo, halagado en sus pasiones, calló como tigre al que rascan el lomo; pero el día que esas libertades le han atacado el estómago, la fiera ha abierto los ojos, y se ha arrojado á morder.

Con las libertades políticas y religiosas convirtió usted la sociedad en un infierno; pero después con las libertades industriales le ha quitado usted el pan á los diablos, y los diablos no se confirman con no comer: usted, con la ley de la *libre-competencia*, ha hecho del trabajo una especie de feudalismo peor mil veces que aquel antiguo feudalismo de que tanto se burlaba; con la *libertad sin trabas*, el *libre cambio* y la *libre* aplicación de máquinas á la industria, ha ido usted matando primero el taller del artesano que con su mujer y sus hijos trabajaba independiente en su casa atendiendo en ella á la educación de su familia: después ha matado usted al modesto industrial que con su pequeño capital é inteligencia realizaba trabajos que no estaban al alcance de un sólo individuo; y así sucesivamente ha ido usted centralizando el trabajo, reduciendo la mano de obra y entregando al más débil en manos del más fuerte hasta tal punto que ha hecho de la industria una cadena cuyo primer eslabon tiene en su mano el demonio de la codicia, y cuyo último hierro se clava hoy en el cuello del trabajador.

¿Qué extraño es, pues, señora doña Restituta, que los pobres de hoy cayendo ya en la cuenta de que la única ley que impera en el mundo liberal es la del más fuerte, ha-

yan tratado de contarse y de ensayar sus fuerzas para poner en escena el drama horripilante de la degollación universal?

¡Pobre señora!, tome usted tila, que bien la necesita.

Y sobre todo encargue usted á los periodistas de su devoción, como verbigracia los de *El País* que se den prisa á inventar paparruchas de jesuitas y de frailes para ver si con los cuentos de siempre le sacan á usted el toro de encima, pues está visto que el animal se va haciendo de sentido, y que en vez de entretenerse ya con las sotanas que se le ponen delante, se va derecho al bulto buscándole á usted el bolsillo y el corazón.

(Doña Restituta desmayándose:)

—Está visto que usted, señor mío, solo tiene cargos para las personas decentes; mientras que á esos descamisados...

—Perdone usted, señora, allá voy ahora con ellos.

«Y ahora, vosotros los que lleváis blusa, y os llamáis obreros, y os juzgais con derecho á pedir la luna con cuernos y todo ni más ni menos que porque sois muchos y tenéis la esperanza de llegar á ser los más fuertes, oid, que también tengo que daros un recado.

Vosotros tenéis sobre vuestras cabezas un pecado gordo, y ese es el que estais purgando y aún teneis que purgar por mucho tiempo.

Vosotros, seducidos por la fantasmagoría revolucionaria, no tuvisteis inconveniente en poner vuestras manos sacrilegas sobre la Iglesia, que era el amparo de los débiles pensando que con matar dos docenas de frailes ibais á colaros de patas en el paraíso y á atar, al día siguiente, los perros con longaniza. ¡Buen chasco habeis llevado!

Como necias ovejas os unisteis al lobo para derribar al pastor, y ahora os encontrais que el lobo os traga, y no sabeis como defenderos de él.

Vosotros ayudásteis á ese lobo á proclamar todas las libertades que á él le convenían, sin comprender que la libertad sin trabas le trae cuenta; vosotros le ayudásteis á proclamar la libertad de pensamiento, y él con sus pensamientos libres ha trastornado vuestra cabeza y vuestro corazón; vosotros le ayudásteis á proclamar la libertad de conciencia, y el con la suya más negra que la pez ha pervertido á vuestros hijos y prostituido á vuestras hijas, vosotros le ayudásteis á emancipar al Estado de la benéfica influencia de la Iglesia, y ahora os encontrais con que ese Estado, convertido en un segundo Dios, se ha hecho vuestro tirano y os esclaviza sin piedad. Díganlo vuestros hijos sujetos doce años á la ordenanza militar, dígalo vuestro pan diezmo por onerosísimos tributos; díganlo vuestros hermanos emigrando á las Américas.

Pero no es esto todo; vosotros le ayudásteis á proclamar la libertad de industria, la libertad de comercio, la libertad de la mecánica; os entusiasmásteis ante sus máquinas de vapor considerándolas como los nuevos dioses del progreso, y burlándoos de los que os advertían que toda idolatría se paga y que aquel progreso sin caridad había de aplastaros, y aquel progreso en efecto os ha aplastado.

Díganlo vuestras artes y oficios arruinados por la gran industria, vuestros hijos sin pan y hasta vuestros mismos amos amenazados por otros industriales más gordos que les hacen la competencia y les impiden atender á vuestras peticiones so pena de arruinarse ellos mismos, cerrar sus fábricas y dejaros sin el último recurso del jornal.

Y aún ¡oh tontos de capirote! sin comprender estas cosas seguís mezclando con vuestras peticiones gritos nefandos de blasfe-

mias y libertad, cuando la libertad blasfema y anti-cristiana, ó sea la libertad liberal y sin freno, es la mano de hierro que os esclaviza.

¡Ah, tontos de la cabeza!, (porque indudablemente no lo sois del corazón) abrid de una vez los ojos, y comprended vuestro error. Mientras apoyeis al lobo contra el pastor, jamás tendréis segura la carne ni la lana.

Al llegar aquí paréceme oír decir. «No necesitamos la religión para nada; nuestro Dios son nuestros brazos», acabaremos con los ricos, y tomaremos por fuerza lo que se nos niega por la voluntad.

¡Infelices! dispensadme que os cuente un cuentecillo.

Había un padre tenía tres hijos muy anarquistas. El primero se llamaba Pedro, y aborrecía á los curas que decía tener la culpa de todos los males; el segundo se llamaba Juan; y odiaba al ejército y los magistrados, porque aseguraba eran ellos los tiranos del universo; y el tercero se llamaba Andrés, y sostenía que todo el mal estaba en los ricos por lo cual lo mejor de todo era degollarlos y quitarles el dinero.

Mas sucedió que el padre se puso malo á consecuencia de una afección del corazón, y pocos días después se agravó tanto que hubo que llamar al médico gara que dispusiera algún remedio,

Llegado el doctor observó al enfermo, y declaró que la enfermedad era gravísima; porque á consecuencia del desarreglo de la más noble de todas las entrañas, la sangre se había aglomerado en la cabeza mientras el resto del organismo anémico y desmedrado se ulceraba y descomponía por instantes. ¿Qué hacer?, ¿qué hacer? Los hijos lloraban sin consuelo.

Mas en un momento de anárquica inspiración (pues hay que advertir que el médico era también socialista y organicista de los más atrevidos) sacando una bolsa de cirugía con cada cuchillo tomaño como un asador, se avalanzó sobre la cabeza del moribundo disponiéndose á abriresela en canal.

¿Qué va usted ha hacer, barbaro?, exclamaron los hijos llamándole por su propio nombre.

—¿No lo veis?; abrir este cráneo congestionado, y sacarle la sangre que acumuló indebidamente para devolverla á esos pobres miembros que yacen ya sin vida y casi inertes.

—¿Está usted en su juicio? contársaron los hijos. Aun suponiendo que usted fuese capaz de sacar esa sangre de la cabeza para llevarla á los pies sin matar al enfermo ¿con esto habría usted curado la enfermedad? ¿No comprendo usted que el mal está en el corazón?

Eso mismo os digo yo á vosotros.

«Aun suponiendo que pudiéseris abrir la caja de todos los ricos y repartir el oro entre los pobres ¿con esto habíais curado la sociedad? ¿No comprendéis que el mal lo tiene en el corazón? Más claro; ¿no comprendéis que lo que le falta es caridad, vida de los corazones, sin la cual no hay salud posible para el hombre ni para la sociedad?»

ADOLFO CLAVARANA

SECCION RECREATIVA

El Mosquito del Rey

(Conclusión.)

Hemos dejado al rey Herodes tendido en su cama muy satisfecho burlándose de las cosas de Dios que él llamaba cuentos

de vieja. Orgulloso con su poder y sus riquezas, considerábase ya poco menos que omnipotente.—¡Qué talento tengo!—decía para su capote; no se me presenta obstáculo que no venza mi *buen tacto político*. Verdad es que, cuando los magos vinieron con aquello del nacimiento del Mesías, me puse algo nervioso; pero así que el feo de los ojos de perdiz me explicó lo que era el *poder espiritual* me quedé tan tranquilo. ¡Clarol; ¿qué tengo yo que temer de las cosas del otro mundo? Tenga yo en este la sartén del mango, y lo demás me importa un comino.

—Abuela; ¿y para qué quería Herodes la sartén.

Para freir su propia felicidad. Herodes, hijos míos, era un filósofo á estilo de los del día: de esos que creen que cuando el hombre es fuerte, rico y poderoso, no necesita para nada á Dios. Así es que todos sus afanes y desvelos eran por echar barriga, juntar dinero y asegurar sus influencias con el imperio romano. Conseguido esto, parecíale ya que el mundo era suyo, y que nada tenía que temer. Cierto que podía morir pero ¿quién piensa en tal cosa hallándose en la flor de la juventud? Cierto que una mano alevosa podía arrebatárselo todo en un instante; más ¿para qué estaban sus guardias armados hasta los dientes? Muy cierto también que el imperio romano podía en un momento volverle la espalda y declarársele abiertamente hostil; mas ¿para qué servía su hábil diplomacia, su oro y sus ejércitos? Por lo tanto, aseguradas estas cosas ¿qué falta le hacía ya otro poder? —A qué desvelarme,— decía él,— pensando en ese cielo invisible del que las imaginaciones enfermizas de la gente piadosa hacen depender las cosas de por acá, lo invisible es invisible y lo que se toca cierto. Una talega nunca valdrá tanto como cuatro talegas, ni un mosquito podrá tanto como un elefante. Estoy pues por lo positivo: por las cuatro talegas, y por el elefante.

Esta era la filosofía de Herodes, y estos eran los cálculos en que cifraba sus esperanzas. Entreteniéndose con ellos, iba poco á poco quedándose dormido, cuando de repente tocaron á la puerta del gabinete, abrióse esta y presentóse un emisario lleno de regocijo y de sudor.

—Señor, le dijo, vengo á daros una gran noticia. Vuestro ejército acaba de ganar una gran batalla donde han sido derrotados los enemigos de vuestro trono. Vuestra Magestad es ya en este momento el monarca más respetado y temido de la tierra, como lo demostrarán ahora mismo los trofeos de la victoria que, cargados en centenares de carros y seguidos de miles de prisioneros, llegan en este instante á las puertas de Jerusalén.

Y diciendo esto oyóse un gran estrépito de carruajes y de voces que gritaban ¡Victorial ¡Victoria, y que atronaban las calles de la ciudad.

El rey, azorado, dió un salto; se sentó en la cama y se restregó los ojos para asegurarse de que no soñaba.

Pero en aquel momento se presentó otro emisario.

Señor, le dijo; ¡albricias! ¡albricias! Vuestro riquísimo primo el gran Creso

Tragapanes acaba de morir dejándoos heredero de toda su fortuna, que era la más grande del mundo. Vuestra Magestad es ya en este momento el monarca más rico de la tierra, y para prueba ahí está el convoy de caballos, camellos y elefantes, que, cargados de plata y oro, llegan en este momento á la plaza de palacio.

En esto oyéronse ya en la plaza los relinchos de las bestias que parecían saludar también al rey, y tomar parte en el regocijo general.

Al recibir el rey aquel golpe de la fortuna, fué tanta su emoción, que tuvo que llevarse las manos al pecho para que no estallase de alegría.

Mas aún no había acabado de reponerse cuando ya se había presentado otro emisario haciéndole un saludo, pero tan profundo que en poco se rompe las narices en el pavimento.

—Señor, dijo doblándose hasta el suelo y quedándose allí pegado en señal de respeto; — el emperador romano, el gran Tiberio César, hallándose gravemente enfermo, ha decidido adoptaros para que le sucedáis en el mando del imperio. Dentro de pocas horas seréis dueño de todo el mundo. En este instante llega á Jerusalem la embajada que os trae el gran anillo imperial.



La emoción del Tetrarca llegó á tanto que, no pudiendo expresarla, dió un grito que hizo temblar todas las vidrieras de palacio. Después, arrojándose de la cama en faldón, empezó á correr por la real estancia gritando como un loco:

—¡Gloria, fortuna, poder; todo lo tengo ya! Soy el más grande de todos los hombres de la tierra: ¿quién como yo?

Efectivamente, en aquel momento la fortuna de Herodes había llegado á su colmo, pero la paciencia de Dios había llegado también.

—¡Holal—dijo una voz allá en lo alto de los cielos:— Ángel de lo pequeño; espíritu de lo invisible; genio de lo más vil y despreciable de la tierra; baja y proporcióna al *poderosísimo* Herodes una demostración práctica y experimental de lo que vale todo su poder. Busca el animalillo

más insignificante de la creación, y dale el encargo de derribar el castillo de náipes con que su soberbia quiere escalar por la fuerza, este cielo que sólo se conquista por la inocencia ó la expiación.

Entonces, de la letrina de palacio salió un mosquillo tamaño como la punta de un alfiler, dirigióse al jardín y empezó á revolotear al rededor de un montoncillo de basura. En aquella basura había un gatito, aquel gatito tenía hinchado el rabito, y en la punta de el rabito fué á pararse el mosquitito.

—¡Ja, ja, ja, jal abuela, ¿y para qué se paró? ¿para qué?

—Para tomar armas y caballos, montar un gran ejército é ir de parte de Dios á dar al rey Herodes una batalla y derribarlo de su trono.

—A buela: eso sí que es grilla.

—Hijos míos ¿también vosotros sois *positivistas*? ¿También os burlais vosotros de lo que no se toca ni se vé? ¿Cómo se conoce que vuestro padre fué miliciano nacional!

—Pero, abuela, ¿cómo quiere usted que creamos que un mosquito puede llevar en el pico un ejército capaz de derribar á un rey?

—Y sin embargo es muchísima verdad. En el rabillo de aquel gato, hijos míos, existía una fuerza capaz de acabar no sólo con Herodes, sino con la humanidad entera. ¿Vosotros habéis oído hablar del cólera, el tifus, la fiebre amarilla, la tisis, la lepra y todas esas terribles enfermedades que diezman á los hombres?

—Sí, abuela.

Pues todas esas plagas, todas esas fuerzas destructoras que trastornan las naciones, destruyen ejércitos y hasta cambian muchas veces la geografía política del mundo, no son otra cosa que bandadas de animalillos tan pequeños, que un millón de ellos caben holgadísimamente en la punta de un alfiler.

—Pero abuela ¿de dónde salen esos animales? ¿quién los ha hecho? ¿quién les comunica ese poder?

—Aquel ser invisible de quien se burlaba Herodes tentado por el bicho de los ojos de perdiz.

¡Pobre Herodes! ¡quién había de decirle que su teoría del mosquito y el elefante había de salirle precisamente del revés!

¿Quién había de pensar que las *imaginaciones enfermizas de los seres débiles que consideran dependiente de lo invisible la suerte de lo que se vé*, habían de haber andado más listas que él! Pero al Tetrarca de Galilea le pasaba lo que á tantos *galileos* que andan por el mundo arrastrando el fardo de sus miserias atado con la cadena de su incredulidad. No comprenden que, tras de esta bola gorda y redonda que se llama el mundo, hay otro mundo que no es *bola* del cual depende su salud, su vida, sus intereses y su felicidad. Así les luce el pelo á los desdichados.

Pero veamos el que lució á Herodes.

Tendido se hallaba otra vez en su real catre dando cada ronquido que temblaba el orbe, cuando llegó el mosquito emisario de la divina justicia con sus armas y caballos á darle el recadito de atención de parte del *poder espiritual*.

Para ello penetró por una de las ventanas del alacio, atravesó la real mosquitera como Pedro por su calle y templando el violín que los mosquitos llevan siempre consigo para dar serenatas, comenzó á revolotear alrededor de la nariz del rey, cantándole una seguidilla:

Lo pequeño y lo grande
Son apariencia;
Solo hay grande en el mundo
De Dios la esencia.
Ciego monarca,
Que no ves una cosa
Que está tan clara.

Al oír Herodes la música dió una zarpada, y se volvió del otro lado.

Pero el mosquito volvió á templar su instrumento y cantó otra copla.

Herodes el Tetrarca
tiene corona,
y el anillo del César
que manda en Roma;
pero no tiene
la gracia de aquel niño
que es Rey de reyes.

Sentir Herodes otra vez zumbar el animalito y arrimarse un bofetón de padre y señor mío todo fué uno; pero como sus manos eran tan grandes, se quedó con el bofetón y sin el mosquito. Percances de la grandeza.

Entonces el bichillo, descendiendo hasta tocarle el rostro, se acercó á su oído, y le endilgó esta última estrofa preñada de amenazas.

Señorón de la tierra
presuntuoso
que del cielo te burlas
haciendo el oso:
voy á probarte
en un breve momento
cuán poco vales.

Y diciendo y haciendo se arrojó sobre la nariz del tetrarca y clavó en ella la imperceptible lanceta en donde iban colocados en batalla los ejércitos de Dios.

Cinco horas después, el grande hombre que se juzgaba dueño del mundo, el monarca poderoso ante quien temblaban millares de vasallos, se despertó sobresaltado. Las sienes le latían con violencia, su lengua seca le impedía articular palabra; la fiebre le devoraba.—¡Guardias!—gritó haciendo un esfuerzo:—acudid corriendo que no sé lo que tengo. Llamad enseguida á todos los médicos de la corte.

Inmediatamente llegaron los médicos, y se dirigieron á la alcoba del monarca; pero al acercarse á él retrocedieron espantados.

Su Magestad tenía cara de cochino jabalí.

Las narices estaban espantosamente hinchadas, los labios se habían alargado formando un verdadero hocico; y la piel ennegrecida empezaba á agrietarse por todas partes, dando paso á un enjambre de gusanos.

—¡Señor!!! dijeron los médicos inclinándose ante el real monstruo. Sentimos mucho afligir á Vuestra Magestad; pero Vuestra Magestad está muy grave.

—Pero ¿qué tengo?—exclamó el rey asustado.

—Una pústula maligna, señor; una terrible pústula que os ha inficionado ya toda la economía.

—¡Pústula! ¡Económica! No entiendo: esa jerga, dijo el rey.

—¡Señor! Un grano enconado,

—Hombre, y por un grano os poneis de esa manera.



—¡Ah! Señor, quien se pone es Vuestra Magestad. Mírese Vuestra Magestad al espejo; y le colocaron uno delante.

El rey se asomó al espejo, miróse y cayó desmayado.

Cuando volvió en sí eran las diez de la mañana, y todo el pueblo de Jerusalén se agolpaba á las puertas del palacio preguntando si había muerto ya mata-muchachos. Tales ganas tenían de que se muriera.

—Se le ha podrido la sangre—decían unos.

—Se le ha subido á la garganta la de los inocentes,—decían otros.

—Es que se ha envenenado con su misma saliva.

Á todo esto el rey berreando pedía á gritos que le curasen el grano enconado.

—Imposible, señor; esto no tiene cura, decían los médicos.

—¿Quién ha dicho imposible, ¡Un millón al que me cure!

Los médicos no contestaron.

—¡¡Dos millones!! dijo el rey levantando más la voz.

Los médicos siguieron en silencio

—¡¡Cien millones!!!, gritó el rey rugiendo como una pantera.

Los médicos bajaron los ojos.

—¡¡Todo el oro que encierra mi palacio!! ¡¡Toda mi fortuna!! ¡¡Mi corona!! ¡¡El anillo imperial!!!

Los médicos no pestañearon.

Entonces Herodes comprendió su verdadera situación: levantó los ojos al cielo, prorrumpió en una horrible blasfemia y cayó muerto en la cama.

Pocas horas después estaba convertido en un montón de gusanos sobre los cuales revoloteaba un mosquitillo cantando á guisa de *ritornello*.

Lo pequeño y lo grande
Son apariencia;
Solo hay grande en el mundo
De Dios la ciencia.

¡Ay del tontaina
Que ignore unas verdades
Que son tan claras!

ADOLFO CLAVARANA

Este cuento y su ilustración forma parte de la 5.^a colección de LECTURAS POPULARES cuyo anuncio puede verse en la sección bibliográfica.

Suscripción para la terminación de las obras del templo del Pilar ultrajado por la impiedad sectaria de los modernos tiranos disfrazados de amigos de la libertad.

	Ptas.	Cts.
Suma anterior	150	90
D. Francisco Trillo Chiclana	1	
» Isidro Piñol y Porcet	10	
Una Sra. de Loquero	1	50
Sr. Cura Párroco de L.	10	
D. Francisco Rodríguez, Pbro.	1	50
Total	174	90

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFIA

LECTURAS POPULARES

Cuentos artículos y diálogos de D. Adolfo Clavarana director de LA LECTURA POPULAR. Nueva edición de los cinco primeros tomos.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se servirán los pedidos que no vengan precisamente acompañados de su importe y del valor del certificado si se desea esta garantía.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0'50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica, Paz 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.